



SEMANARIO
Pintoresco Español.
Segunda Serie.—TOMO III.

Semanario Pintoresco Español.

(Lectura de las familias.)



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

SEGUNDA SERIE.

TOMO III (6.º de la coleccion.)

Dió principio el Semanario en 1836, y en el año que cumple hoy 31 de diciembre de 1841 concluye el tercer tomo de la segunda série (sesto de la coleccion), y ha publicado en dicho año los siguientes artículos con sus grabados correspondientes.

(Los artículos que llevan esta señal * tienen grabado.)

ESPAÑA PINTORESCA.

Campiel, página 31. — * El solar del Cid, 33. — * El cofre del Cid, 34. — * La casa del Ayuntamiento de Sevilla, 41. — * El arco de Vara, 53. — * Cobadonga, 73. — Belmez y su castillo, 77. — * El palacio encantado, 86 y 96. — Andujar, 123. — * La armadura de D. Juan de Austria, 112. — Las cadenas de la batalla de las Navas, 124. — El castillo de Marcilla, 125. — * La alameda de Cádiz, 136. — * La Seu de Palma, 144 y 145. — * Armadura chinesca, 153. — * Alcalá de Guadaya y su castillo, 171. — * Puerta de entrada, en Benavente, 192. — * La Seu de Zaragoza, 201 y 209. — * La sierra de Francia, 226. — * La capilla del Condestable, en Burgos, 241. — * Zaragoza, 259 y 269. — * Sepulcro del arzobispo Valdés, 273. — * Toledo, 289. — El castillo de Magacela, 300. — * Pamplona, 319. — * Vista del Escorial, 328. — * La piedra del Cid, 333 y 339. — Iglesia de la Universidad de Sevilla, 370 y 381. — * La montaña de Sal, de Cardona, 377. — * Cádiz, 385. — * La catedral de Segovia, 404.

COSTUMBRES NACIONALES.

* ¡Pobre D. Meliton!, página 7. — Costumbres estudiantinas, 21. — La minimania, 85. — La bajada del Angel, 116. — * Corrida de toros en Sevilla, 198. — Procecion del Corpus en Toledo, 177. — * Idem en Sevilla 177. — * Un ajuste de boda, 199 y 202. — * El Morrillo, 217. — * Los peregrinos de Santiago, 233. — * Curra, ó los guapos de Triana, 265. — Los baños de Panticosa, 279. — * Al amor de la lumbre, ó el brasero, 406. — * La venta de Alduenda y los arrieros, 409.

BIOGRAFIA.

* Luis Vives, página 1 y 11. — * Miguel Angel, 10. — * Moisés, 26. — * Jesucristo, 35. — * Mahoma, 43. — * Vandick, 57. — * Benvenuto Cellini, 89. — * San Juan de la Cruz, 105 y 114. — * Rubens, 121 y 130. — * El P. Juan de Mariana, 137. — D. Rodrigo Calderon, 162. — * El cardenal de Lorenzana, 169. — * D. Antonio Barceló, 193. — * Alonso

Cano 251. — * Fr. Luis de Granada, 281. — * El maestro Ambrosio de Morales, 297. — * Juan de Herrera, 321. — El cardenal Francisco de Toledo, 331. — * D. Jorge Juan, 337. — Enrique Vaca de Alfaro, y Bernardo de Cabrera, 357. — D. Francisco Sanchez Barbero, 395.

LEYENDAS Y TRADICIONES NACIONALES.

La noche grande de Toledo, 37. — La batalla de las Navas, 66. — D. Juan de Lanuza, 82, 92, 99 y 109. — Tradiciones del rey D. Pedro, 148 y 157. — Relacion del motin de Madrid en 1763, 186 y 194. — La muerte de César Borja, 210. — * D. Alonso Coronel, ó la venganza del Cielo, 274. — Laras y Castros, 290. — * Una anécdota de Colon, 353.

HISTORIA.

Exámen de la historia del P. Mariana, página 146. — * Los ejipcios, 358. — * Los judíos, 363. — * Los griegos, 372. — * Los romanos, 378. — Italia y Roma despues de la conquista, 387. — Los turcos, 402.

GEOGRAFIA Y VIAJES.

* Grecia, página 45. — * Tours, 49. — Viaje de Cádiz á Sevilla, 78. — Viaje de Sebastian de Elcano, 154. — Recuerdos de viaje, introduccion, 134. — De Madrid á Bayona, 140. — Bayona, 149. — De Bayona á Burdeos, 157. — Burdeos, 165. — * De Burdeos á Paris, 173. — * Paris, 181, 189, 204, 212, 221, y 228. — Bruselas, 237. — * Los caminos de hierro, 245. — Las ciudades flamencas, 251. — Malinas, Lieja y Namur, 260. — Amberes, 270. — Tabla de descubrimientos geográficos, 314. — Las posadas de Europa, 316. — Descubrimiento del mar pacífico, 323. — * El Mar ártico, 330, 346 y 354. — * El Cairo, 361. — * Los montes Apeninos, 384.

HISTORIA NATURAL.

El mundo invisible, página 4, 20, 27, 51, y 76. — El tigre, 60. — La menura lira, 18. — El búfalo, 92. — El argos, 109. — El leon y la leona, 129. — El leopardo, 152. — La ballena, 161. — El pavo real y el pavo común, 180. — El megaterio, 185. — El jabali, 216. — La grande hippia, 225. — El rinoceronte de la India y el fósil, 249. — El murciélago, 280. — El Mandril, 292. — El herizo, 300. — Las ranas, 325. — El diamante, 326. — El camello, 329. — Los volcanes, 335. — Las aves del paraíso, 341. — Las lagartijas, 357. — Los peces voladores, 368. — El gran castaño del Etna, 369. — Los conejos, 373. — Emigración de las aves, 374. — Instinto de las aves, 382. — El algodón, 389.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

Fabricación de armas blancas, en Toledo, página 97. — Las remolachas, 118. — Telégrafos españoles, 155. — Agricultura, 179. — Barcos de vapor inventados por los españoles en 1543, 234. — La compañía de las Indias orientales, 293, 299 y 306. — Los tres órdenes griegos, 334. — Exposición de la industria española, 396, 403 y 413. — Del ramo de librería en España, 414.

BELLAS ARTES.

El teatro de la escala de Milán, página 65. — Exposición pública en Cádiz, 90. — El obelisco de la plaza del Vaticano, 100. — La estatua de Gutemberg, 235. — El Sepulcro de Moratin, 305. — Estatua de Isabel la Católica, 393. — Estudio filarmónico; Rubini, 395.

CUENTOS Y NOVELAS.

El remedio del amor, página 13 y 29. — El chico Estevan, 47, 55, 69. — Daniel el astrólogo, 80. — Los dos huérfanos, 91. — Dos horas adelantadas, 127 y 131. —

Qué día, ó las siete mujeres, 307. — Parisina, poema de Biron traducido en verso, 339 y 349. — D. Policarpo, 155 y 263. — Escena de los tiempos feudales, 17. — Don Lope, 231. — La bordadora de Granada, 302.

CRITICA LITERARIA.

Revista teatral, página 2. — Critica de los sainetes de D. R. de la Cruz, 61, 71. — Iden de las poesías de Bermudez de Castro, 102. — Exámen de la hitoria de Mariana, 146. — Autores españoles juzgados por los alemanes, 203. — Critica de las Poesías de Romero, 405.

POESIA.

Los avencerrages, página 6. — El negrero, 15. — A Elisa, 32. — Al otoño de 1833, 39. — La tumba y la rosa, 72. — A Jesus crucificado, 111. — El rio, 119. — Mi profesion de fé, 142. — A una estrella, 168. — Romance satirico, 198. — Gloria, 220. — Epigramas, 216, 240, 248. — A unos ojos negros, 245. — La muerte y la esperanza, 327. — Un esdrújulo romance, 335. — A mi musa, 367. — A un retrato, 375. — Romance esdrújulo burlesco, 376. — Cuento de cuentos, 382.

VARIEDADES.

A nuestros lectores, página 5. — Academia forense en Valladolid, 54 y 296. — El carnaval en Milán, 58. — El privilegio de las palmas, 108. — Modas antiguas, 243. — Las viudas indianas, 250. — Division natural del tiempo, 284 y 295. — Estado de la religion en el mundo, 285. — Ritos funerales, 286. — Encantadores de culebras, 313. — Ancianidad de los antidiluvianos, 324. — La capilla de Guillermo Tell, 343. — El hotentote, 348. — Gigantes enanos y pigmeos, 355. — La calea napolitana, 401. — Nota de publicaciones en 1841; 416.

Semanario Pintoresco Español.

SEGUNDA SERIE.

TOMO III.



LUIS VIVES.



ICE un sábio del siglo pasado (D. Gregorio Mayans) que entre los cuatro sugetos que se pueden citar como restauradores de las ciencias en España, á saber, Arias Montano, Vives, Antonio Agustin, y Fr. Luis de Leon, sobresale Vives por haber sido el primero que supo hermanar la enseñanza de

una piedad sólida, con una erudicion vasta y escogida. Yo creo que aun mas que por esto sobresale Vives, por haberse adelantado á los conocimientos de su época, y haber abierto con sus escritos un nuevo y mas desembarazado camino para los buenos estudios, el cual luego nos han hecho creer que habia sido mostrado por otros sábios extranjeros. Con-

3 de enero de 1841.

viene por tanto al decoro de la España el colocar en su debido rango á este ilustre compatriota, á quien muchos apénas conocen de nombre, ó cuando mas por sus diálogos que suelen servir en las aulas para la enseñanza de la gramática latina.

Juan Luis Vives del Vergel nació en Valencia el día 5 de marzo de 1492: fueron sus padres Luis Vives, y Blanca March, que vivían en el sitio que se llamaba "*lo carrer de la taberna del gall*", como lo indica él mismo en el diálogo "*leges ludi*." Tuvieron además otros varios hijos, y entre ellos un tal Alfonso Vives, maese de campo del tercio de Nápoles al servicio del emperador Carlos V, y que fue comisionado por él después de la batalla de junto al río Albis para custodiar al elector de Saxonia, y al duque de Brunswick, hechos prisioneros en ella.

Por lo que hace á Luis, habiéndose dedicado á los estudios, aprendió las primeras letras en su misma patria, y tuvo por maestros de gramática á dos sujetos llamados Gerónimo Amiguet y Daniel Sisó.

Es probable que aprendió al mismo tiempo el griego, que enseñaba entonces allí un tal Bernardo Navarro. En Valencia estudió también el derecho civil, bajo los auspicios de su abuelo Enrique March, que enseñaba allí las instituciones de Justiniano.

Poco tiempo después marchó á París, según acostumbraban en aquel tiempo los jóvenes nobles, que deseaban adquirir una erudición mas vasta que la que pudieran proporcionarse en su patria, aunque París no estaba por aquel tiempo mejor que Valencia en cuanto á los estudios. El mismo Vives se quejaba de que gastaban dos años en la dialéctica, y apenas dejaban un año para la filosofía moral y natural, y demás estudios unidos á ella, de modo que algunos tomaban con tal furia el estudio de la dialéctica que en toda su vida no eran mas que lógicos.

Cansado pues de París se marchó á Brujas, pueblo que le gustó mas por su buena policía, y por la afabilidad de sus moradores, y en él se estableció el año de 1512. Allí fue también donde principió á darse á conocer por sus escritos, pues los anteriores son muy poco conocidos. Los primeros que publicó fueron todos de mística y en latín, según el gusto de la época. Tales son el *triunfo de Cristo*, al cual siguió la *oración de la virgen*. Poco tiempo después compuso otro tratado sobre la paz del mundo cuando nació Cristo, y otro sobre su nacimiento, parte de él en verso.

Concluyó por entonces con el tratado de ejercicios del alma para con Dios, y con los comentarios de los salmos penitenciales para uso de su discípulo Guillermo Croy, que luego fue electo arzobispo de Toledo.

En estas ocupaciones siguió Vives por espacio de seis años que estuvo en Brujas, donde era generalmente apreciado, de modo que mas adelante tomó allí carta de vecindad. Pero como por aquel tiempo no se hallaba con bastante caudal para sostener una casa, vivía en compañía de otros jóvenes españoles, entre ellos Diego Gracian, y Pedro Maluenda, aragoneses, que después fueron célebres escritores.

La gran aceptación que tuvieron sus escritos hizo que le invitasen varias universidades á honrar sus cátedras, entre las que prefirió la que le dieron en la universidad de Lovaina, por ser la mas inmediata á Brujas. Allí era ya profesor el año de 1519 siendo de edad de 27 años. La casa donde vivió fué por mucho tiempo conocida, y visitada por los sabios, y aun las autoridades de la ciudad hicieron poner sobre la puerta un verso latino en letras de oro.

Estando en Lovaina principió á escribir su célebre obra sobre las causas de la corrupción de los artes, que fue de lo mejor que dió á luz; pero no pudo publicarla por entonces, y así solamente salió al público otra obra contra los malos dialécticos. Estos libros al paso que le acarrearón el odio de

todos los ergotistas y rutinarios de aquel tiempo, le atrajeron también las alabanzas y el aprecio de todos los sabios contemporáneos, y en especial del célebre Tomas More, gran canciller de Inglaterra, y de Erasmo de Rotterdam, de quien fue discípulo, y con quien tuvo toda su vida gran correspondencia y familiaridad. Grande fué el beneficio que hizo Vives con esta obra, que corrigió mucha parte de los abusos que dominaban en la enseñanza de las ciencias, y favoreció el desarrollo de estas, el cual por los malos métodos estaba entorpecido. Por eso dije al principio que por lo que mas sobresalía Vives, (á mi modo de entender) era por haberse adelantado á los conocimientos de su época, y abierto con sus escritos un nuevo y mas desembarazado camino para los estudios. Así que en Vives debemos considerar uno de aquellos genios, que forman con sus escritos una época de transición en la literatura.

Por consiguiente para juzgar con rectitud acerca de sus obras no sirve ponerse al nivel de los conocimientos que tenemos en el día, sino que es preciso mas bien considerar el estado en que se hallaban entonces. Vives tuvo valor para escribir en aquel tiempo contra la filosofía de Aristóteles, mostrando muchos de sus errores, y las muchas partes en que había sido adulterada la doctrina de aquel filósofo. Gasendo y Bacon que le siguieron en aquel trabajo, prodigaron á Vives los justos elogios á que se había hecho acreedor, y á pesar de eso los extranjeros, y aun muchos españoles que los han copiado servilmente, al paso que colman de alabanzas á aquellos dos filósofos, ni aun se acuerdan del español que les precedió.

Deseoso de llevar á cabo la empresa comenzada escribió después la referida obra sobre la corrupción de las artes, que concluyó de inmortalizar su nombre entre los eruditos. Dividióla en tres partes: en la primera trató de la corrupción de las artes en general, y en especial de la gramática, dialéctica y retórica, filosofía natural y moral, y el derecho civil. Pero como no bastaba mostrar el defecto de que adolecían sin aplicar el remedio, escribió en la segunda parte sobre el verdadero método de enseñar las ciencias (*de tradendis disciplinis*), y finalmente en la tercera una esplanación á las dos anteriores.

Durante su permanencia en Lovaina compuso por via de pasatiempo un librito sobre los principios, sectas y alabanzas de la filosofía, (*de initis sectis et laudibus philosophiæ*) que fue muy apreciado, otro de jurisprudencia titulado *aedes legum*, y otro de literatura llamado el *sueño de Scipion*, el cual dirigió al obispo Leodicense que acababa de ser nombrado arzobispo de Valencia.

Al mismo tiempo escribió otras obrillas sobre las materias que explicaba á sus discípulos.

(Se continuará.)

CRITICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.



HAZON será que tomemos la pluma para informar á los lectores del Semanario del estado actual de nuestros teatros; y con tanto mas motivo debemos satisfacer esta deuda, cuanto que desde el 13 de julio último, no hemos vuelto á de-

cir nada bueno ni malo del principal espectáculo de una población culta: si bien es verdad que ha perdido el derecho á llamar nuestra atención, desde el momento en que ha dejado de ser, por caprichos de la suerte, el espectáculo mas notable de la corte.

Hubo un tiempo en que la decadencia de nuestros teatros se atribuía á la tenacidad de los empresarios de poner constantemente en escena nuestras antiguas comedias, en cuyo desempeño habian alcanzado notable celebridad varios de nuestros autores, como el Sr. Carretero, la Sra. Baus, &c. Ese clamor llegó por fin á ser oído, y merced á un diluvio de traductores, el teatro francés se trasladó en peso á los teatros de Madrid. Estos, sin embargo de tan súbita reforma, continuaron arrastrando, solos y desamparados, su raquítica existencia. De nuevo los clamores, de nuevo las polémicas en los periódicos sobre indagar las causas de ese desden, de esa indiferencia con que el público miraba un espectáculo atacado de una enfermedad mortal que nadie acertaba á curar radicalmente. Las funciones líricas se consideraron como el único medio de sostenerle, y la ópera vino, y los mejores cantantes de Italia vinieron á hacer ostentación de su habilidad en nuestros teatros; pero estos son pequeños; los gastos que la ópera ocasionaba, cuantiosos; el público espectador reducido á determinado número de personas; y rara era la ópera que despues de las tres primeras representaciones produjese lo necesario para cubrir las dos terceras partes cuando mas de los gastos. Abajo la ópera, porque no puede costearse; porque los empresarios se arruinan; porque las funciones de *verso* no pueden cubrir el déficit que aquella ocasiona. Desde ese momento quedamos peor que anteriormente, porque no teniamos ni teatro lírico, ni teatro cómico, puesto que el público abandonó éste á su triste destino.

No ha faltado tampoco quien haya atribuido á la escasez de autores la falta de asistencia del público al teatro. Pero ¡cosa rara! precisamente en la época en que se han puesto en escena crecido número de dramas originales de no escaso mérito, entonces... ¡vergüenza causa el decirlo! entonces... ¡un solo teatro ha permanecido abierto por largas temporadas en la capital de España! Y cuenta que no estamos en los tiempos de los Comellas y comparsa, famélicos zurcidores de farsas insulsas, no; nuestros actuales poetas dramáticos, valiéndonos de una espresion del célebre Moratin, *calen mas cuando deliran que aquellos cuando escribían en razon*. Los nombres de los Sres. Breton, Gil y Zárate, Hartzenbusch, Gutierrez, Rubí, y otros varios, aunque avasallados en parte algunos de ellos por una escuela nueva que salió del carril del buen gusto, para volver á él con mayor esplendor, forman una de las páginas brillantes de nuestra moderna literatura; y sus dramas, lo mismo que las atinadas traducciones del Sr. Vega, han llegado á una altura inaccesible para aquellos dramáticos de fines del siglo pasado que carecían de ingenio y habilidad para la empresa que acometieron. ¿Qué mas? en el transcurso de seis meses escasos que han mediado desde que hicimos la última revista teatral, han sido puestas en escena siete composiciones dramáticas originales, dignas de un público menos desdeñoso; y además otras nueve traducidas, con inteligencia algunas de ellas. Sin embargo el teatro ha estado y está desierto. ¿De dónde proviene este fenómeno singular? ¿De la falta de actores? no son tan despreciables los que han ocupado y ocupan actualmente la escena. ¿De la falta de autores originales? tampoco. ¿De la falta de variedad en los dramas? apenas en un año se representa tres veces una misma funcion. ¿Procederá acaso de las circunstancias? ¿de la escasez de dinero? ¿de la penuria en que se hallan todas las clases de la sociedad? Volvamos la vista á la plaza de toros, al circo olímpico, á las escenas gimnásticas

de los mismos teatros, y allí encontraremos la respuesta.

A estos espectáculos acude multitud de gente, no de una sola clase, sino de todas las de la sociedad. No habemos de los toros, funcion que goza de la prioridad de muchos siglos; que se ha hecho esencialmente española; y que ha resistido con una constancia sin igual, no tan solo á la severa opinion de los moralistas, sino lo que es mas, á los mandatos del trono. Popular y característica, forma, pues, una parte muy principal de nuestras costumbres, llevando consigo la simpatía de pueblos animosos á quienes lisonjea todo aquello en que brilla la bravura y la fuerza: no es extraño por lo mismo que semejante espectáculo se vea siempre concurrido aun en las épocas mas calamitosas. ¿Pero tienen por ventura las mismas razones en su abono los ejercicios gimnásticos del circo y del teatro de la Cruz? No ciertamente; y sin embargo la esperiencia diaria nos está demostrando de una manera indudable que las zapatetas de Auriol y el descoyuntamiento de Rabel, las gracias desgraciadas de *Don Francisco el enanito* y los saltos de la *estrapada* de los hermanos Turin, son rivales tan poderosos del teatro, que le tienen anonadado y moribundo. Y no perdamos de vista que los precios de entrada en el teatro para ver doblar como un pañuelo á Mr. Rabel, y levantar quintales de hierro á los atletas franceses, son los mismos que se pagan por ver la mejor ópera ó el mejor drama: que los que se exigen en el circo olímpico por ver lo que millares de veces hemos visto, son todavía mas subidos que los del teatro; y por último que á pesar de todos los inconvenientes de la escasez de la época, del mas alto precio del circo, y de la monotonía de ver constantemente ó unas mismas suertes, ó suertes análogas por estar fundadas en unas mismas leyes físicas, la multitud de todas clases acude con preferencia á los espectáculos en que la agilidad del cuerpo y la imperturbabilidad material de la cabeza tienen la parte mas principal; y abandona aquellos en que el talento, la imaginación, el ingenio, la espresion de los afectos mas delicados, mas vehementes, mas terribles del alma, llenan todas las condiciones del espectáculo eminentemente racional y sublime que debemos á la inteligencia humana.

¿Qué consecuencia deberemos deducir de semejantes premisas? Una muy sencilla. Que la concurrencia no se aleja del teatro por falta de recursos; ni por escasez de producciones originales y variadas; ni por impericia de los actores; ni por otras mil circunstancias á que solemos atribuir la decadencia del teatro. No diremos por eso que semejantes circunstancias dejen de tener bastante parte en el abandono de nuestra escena; mas la causa principal y absoluta no reside esencialmente en ellas. ¿Nos arrojuremos á ponerla de manifiesto?... No: tal vez al descubrirla no podríamos menos de lastimar nuestro amor propio individual: tal vez deslustraríamos algun tanto el pomposo panegírico que diariamente hacemos del siglo de las luces: y ¿quién sabe si en fuerza de nuestras invencibles cabilosidades deduciríamos, seducidos por una falsa lógica, que los placeres materiales de los sentidos tienen ahora mayor influencia en el ánimo que los placeres del entendimiento y del corazón? Dejemos pues á nuestros lectores la resolucion de ese problema; y conviniendo desde luego en que la disposición de nuestros teatros es mala; en que sus localidades son molestas, aunque no tan perjudiciales á los pies, narices y ojos de los espectadores como las sillas del circo, digamos algo de nuestro teatro de 1840.

Desde el 13 de julio, en que, segun dijimos al principio, publicó el Semanario su revista teatral, han sido puestas en escena siete producciones originales, á saber: *El encubierto de Valencia*, del Sr. García Gutierrez: *Cáscate por interés y me lo dirás despues*, de Abenamar: *Toros y Cañas*, del Sr. Rodriguez Rubí: *Los perances de un car-*

lista, comedia de circunstancias, y de autor anónimo: *El cuarto de hora*, del Sr. Breton de los Herreros; y últimamente, *Un prestamista*, y *El pronunciamiento*, tambien de circunstancias y de autores ignorados.

Traducidas se han puesto en escena, *La Hostería de Segura: Intriga y amor*, ó *el médico español: El Mulato: La abadía de Castro: Las dos hermanas: Una ausencia: Batilde*, ó *la América del norte en 1775: La mujer de un proscrito: Mateo ó la hija del Espagnoleto*.

Con estas funciones han alternado las de ópera de triste recordacion, los desconcertados miembros del Sr. Rabel y los robustos puños de los Sres. Turin: todo ello se dá la mano, y váyase lo uno por lo otro. A bien que los dos hermanos hércules y el Sr. Ratel, pueden jactarse de haber servido de atlantes á la empresa de los teatros, porque á no haber sostenido sobre sus hombros al de la Cruz, se hubiera hundido á pesar del refuerzo de la ópera.

Nuestros lectores nos dispensarán de hacer el juicio crítico de los dramas originales arriba enumerados, por no ser este el principal objeto que nos propusimos al escribir el presente artículo, el que por otra parte resultaría demasiado estenso respecto de los límites á que habemos de ceñirnos. Por lo mismo nos contentaremos con decir que las dos piezas mejor recibidas del público han sido *El cuarto de hora* del Sr. Breton, y *Una ausencia*, original de Scribe, y perfectamente acomodada á nuestro teatro por el señor Vega. La primera se funda en una accion sencilla, del gusto y carácter de todas las del Sr. Breton; pero sumamente animada por un diálogo vivo, ameno y fácil, salpicado de gracias cómicas para lo que tan flexible se encuentra siempre la pluma de su autor. La segunda igualmente sencilla en su accion, y diestramente vestida á la española, contiene una accion eminentemente moral; enseñando á ser nobles y generosos, al par que delicados, á los que, por un error de nuestra educacion, presumen tener el derecho de lavar con sangre las ofensas conyugales; ó no ver bastante vengado su honor sino se transforman en *Otelos* ú *Orosmanes*, ó en *El médico de su honra*. El público ha pagado con lágrimas el tributo que se debe al sublime de la verdad, expresado de una manera digna, lacónica y elocuente, sin palabras ociosas, sin vanos adornos, sin frias declamaciones: la elocuencia de una verdad natural es obra del sentimiento y no de la imaginacion.

No podemos menos de congratularnos con los demas autores que han contribuido con sus luces é ingenio á enriquecer el catálogo de nuestro teatro moderno, y exhortarles con toda la sinceridad de nuestro corazon á que continúen dando nuevas pruebas de las felices disposiciones de que les dotó el cielo para cultivar con buen éxito el difícil género á que se han dedicado. Harto sabemos que es mucho exigir de su constancia el que consuman su imaginacion y su tiempo en tareas muy nobles, muy honrosas, sí, que labrarán su reputacion literaria y la del pais en que nacieron, pero que desgraciadamente no resarcirán sus afanes y vigiliias, porque no es dado á nuestros literatos encomendar su fortuna á los esfuerzos de su ingenio y su talento. Mas si este es un sacrificio costoso en sí mismo, no lo es tanto desde el momento en que llegamos á reflexionar que todos debemos emplear nuestras fuerzas para honra de nuestro nombre y mayor lustre posible del suelo que nos vió nacer.

REVILLA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL MUNDO INVISIBLE.

II.

LA SANGRE (I).



NTRA con tal prontitud la esperanza en el corazon de un enfermo; cree tan facilmente en la curacion, objeto de sus deseos, que las últimas palabras del médico me volvieron la vida.

Figúrese cualquiera á un hombre cuyos ojos, por una série de causas incomprensibles, se han hecho incapaces de ver á la distancia de una ó dos pulgadas, otra cosa que la luz del dia, y á quien se representan los objetos á que se aproxima mil veces mayores de lo que son en realidad: un hombre condenado por una estraña perturbacion del sentido de la vista á encontrarse en medio de una estancia de veinte pies en cuadro, aislado, perdido como en un desierto, y á no ver en su amigo mas que una sombra inmensa, confusa y lejana, á pesar de hallarse á tres pasos de distancia de él.

Son estas sensaciones tan insólitas, tan estrañas, tan imprevistas, que si las refiriese seria necesario haber sido microscopó como yo, para pensar que no exagero. Como no distinguia ni el piso, ni las paredes de mi cuarto, no me atrevia á levantarme, temeroso de caer en algun abismo abierto á mis pies, y permanecia como petrificado en mi sofá, sin poder verme, y dudando si tenia carne y hueso me ocurrió mirarme la mano para asegurarme de que en efecto era yo mismo la sombra que tenia delante; pero ¡cielos! ¿qué tengo en la mano? ¿qué montañas son estas? ¿qué son estos inextricables rosales de líneas tortuosas sembradas de largos hoyos? pregunté temblando al doctor, el cual me respondió sonriéndose. Es la piel de V. ¿no le parece á V. que se ha afeado estraordinariamente de ayer á hoy?

—Pero yo soy un monstruo!

—Nada de eso: la admiracion de V. consiste únicamente en que V. se vé un poco mas abultado. ¡Ah! no conoce V. aun la piel de su mano, y creia ayer demasiado pequeño el mundo; ¿qué ignorante vanidad! Mire V. de cuantas escamas se forma esta pequeña epidermis; cuántos orificios se admiran en ella! se pueden contar mas de mil en el espacio de una pulgada, y por consiguiente cerca de dos millones cuatrocientos mil en toda la estension del cuerpo. Esta película que le parece á V. tan espesa no tiene mas que la centésima parte de una linea, y no obstante ¡qué complicacion, que resistencia ofrece! Pero ¿quiere V. ver una cosa aun mas curiosa? y tomándome la mano. Mire V. aqui, un poco mas hácia la derecha, ahí.

—Ah! gran Dios, querido doctor, estoy todo ensangrentado, ¿qué me ha hecho V.?

—Nada mas que una simple picadura con un alfiler, y tan ligera que apenas puedo distinguir un imperceptible punto encarnado.

—Pues yo veo un gran agujero de donde salen arroyos de sangre. Cada gota se parece á un huevo transparente en cuyo centro se agita un punto negro.

—La sangre, me dijo el doctor, es un líquido sin color,

(I) Véase el tomo anterior página 405.

en cuyo centro nadan millares de globulillos encarnados que corren rodando sobre ellos mismos. V. debe ver en su picadura mas de ciento: observe V. que parecen dotados de vida, segun se comprimen y se mueven cada uno de por sí como un animal. La magnitud de cada gota es la centésima quincuagésima parte de un milímetro; es redonda en los mamíferos, elíptica en los pájaros, reptiles, peces é insectos. Compónense de un hueso central cubierto con una tela membranosa, se arrastran ó deslizan por las mas pequeñas ramificaciones de las venas y de las arterias, se prolongan si el espacio es demasiado corto, y corren con notable agilidad, como persiguiéndose unos á otros. Si uno de ellos, mas pesado y menos ágil, intenta permanecer un momento en su lugar, los glóbulos que le siguen le impelen con encarnizamiento, hasta que han conseguido hacerle avanzar por fuerza, y arrastrarle consigo en el torrente de la circulacion. Cierta observador cuenta que habiendo cortado un dia una rama de un vaso sanguíneo ahorquillado, vió llegar los glóbulos hasta la seccion cortada, detenerse allí un instante, continuar muchos su carrera y caer al fin, en tanto que los otros, despues de haberse detenido como pasmados, retrocedieron para entrar en la rama intacta.

—Segun eso, dije yo, se atraen y parecen despues rechazarse é impelerse unos á otros. Tal vez sus movimientos se deban al fluido eléctrico: ¿Acaso se hallará animada la vida por una descomposicion incesante de este fluido operando en nuestros nervios?

—La ciencia permanece muda á tales preguntas: Dios solo podria responder á ellas, replicó el médico.

Mi sangre se habia coagulado poco á poco: colocados los glóbulos en líneas que partian de la circunferencia al centro, se cambiaron en filamentos paralelos. ¿Qué significa esto? dije yo al momento.

—Es que se forma el tejido muscular y que sudan los vasos desgarrados. La llaga se cicatriza, y renace la epidermis.

—Que dolor tan grande para una punzada! grité: y al decir esto se me cayó una lágrima.

—Estese V. quieto, me dijo el doctor, al ver que estendia la mano para levantarme; ¿sabe V. lo que es una lágrima? Mire V. la que acaba de caer en su mano; ahí, un poco mas hácia la izquierda. Déjela V. un instante para que se evapore.

Miré en efecto, y vi un gran mar estrechándose poco á poco, y conforme él disminuía se reunian en un orden simétrico y perfecto largas agujas diáfanas, de formas diversas, moviéndose en todos sentidos, despues de haber hecho mil circuitos. Las que se semejabán se buscaban como por instinto, se encontraban siempre, y se colocaban con una precision sorprendente.

Que le parece á V., dijo el doctor, al verme absorto: es un espectáculo nuevo para un astrónomo una simple lágrima. Sepa V. pues que contiene fosfato de cal, de sosa, y de sal marina. No es bien curioso observar la manera como se hace la cristalización de estas diferentes sustancias; y no le parece á V. cada cristal dotado de vida? Se pasea, vacila, y corre al encuentro del cristal que se le va á reunir. No tema V. que se engañe, ya encontrará el lugar que le corresponde, se colocará y atraerá á sí á los otros hasta el último. Asi se opera, querido amigo, la cristalización de todas las sales. Desde luego un cristal de una forma simple, y que nosotros llamamos primitiva al rededor del cual van á agruparse láminas de una forma secundaria. El cristal primitivo se ha formado ya de un considerable número de moléculas polihedros de la mayor sencillez, las cuales como ha demostrado el sábio Haüy, se componen de moléculas aun mas sencillas á las que llama sustractivas, de suerte que se halla lo infinito en un grano de sal.

—Mientras que habla V. tan bien, querido doctor, he contado en la cima de este gran pelo, que tengo cerca del dedo, trecientas noventa y una agujas cristalinas de seis caras y todas semejantes.

—Yo ni siquiera veo el pelo, me dijo el doctor; pero de seguro os habeis equivocado en un cristal, porque en este sistema es imposible el número impar.

Y decia bien, porque no habia contado uno que el soplo de mi respiracion habia arrojado á dos ó tres pasos, es decir, á algunos milésimos de línea.

Aun estaba observando las diversas partes de mi lágrima disecada, cuando cayó en mi mano un largo y grande canuto transparente.

—Que es esto? pregunté á mi amigo.

—Nada, un pelo de V., me dijo.

—V. se chancea, amigo mio; un cabello no está armado de espinas como el tronco de la rosa, ni hueco como una pluma.

—Si, señor astrónomo, el cabello es de una naturaleza muy completa. En primer lugar observe V. en él una cubierta córnea, transparente, cónica, llena de pequeñas emi-nencias, que V. llama espinas; despues un largo canal en el que circula un líquido moreno en este, rubio, negro, rojo en otros: esta es la materia colorante. Con la edad se estrecha el canal, se oblitera; el licor no puede penetrar en él, el pelo encanece, las raíces á las que van á reunirse siete hilos nerviosos y un gran número de vasos sanguíneos pierden su flexibilidad, se secan como la epidermis bajo la que se estienden; la sangre no puede llegar á llevar allí la vida, y el cabello muere y cae.

Pasmado de estas maravillas, no podia cansarme de pasear mis miradas á lo largo de mi cabello. Cuando me distrajerón unas ligeras cosquillas que sentí en la punta del dedo, y no tardé en ver un gran animal alado, que me lo apretaba con sus garras.

No se mueva V., me dijo el doctor, examine V. un poco esa mosca que yo apenas veo.

—Cómo una mosca! Es un monstruo tan horrible cual jamas he visto. Sus alas son admirables, parecen randa del mas fino encaje, y su cabeza se halla adornada con cuatro magnificas plumas, pero tiene el cuerpo velludo como los osos y las uñas en garfio como los tigres.

No obstante ese monstruo no es mas que un mosquito y de la especie mas pequeña, de aquellos que por las noches zumban en el aire á millares y que el menor aircillo arrebatada á las nubes. Mire V. con atencion lo que va á hacer: á pesar de ser tan pequeño es un animal carnívoro, y si no tiene V. miedo á una pequeña mordedura, permanezca V. inmóvil, y déjele cebarse en su dedo. Vea V. como pasea por el su trompa buscando el sitio donde es menos espesa la epidermis. Ya sabe el que debajo de ella está su alimento. Ponga V. atencion, la mordedura de este insecto es tan pequeña que yo no podia distinguirla con un lente.

—En efecto vi al animal inclinar su cabeza, tomar punto de apoyo con sus grandes garras, fijar en mi dedo su gran trompa, tan trasparente que por entre ella pude observar grandes dardos terminados en sierras como las lanzas de los salvages, yendo y viniendo hasta que hubieron roto la piel. Entonces principió á aspirar con su trompa con tal ansia y rapidez, que temí no se bebiese toda mi sangre.

—Es mas feroz el mosquito que el tigre? pregunté al doctor.

—Asi es, me respondió sonriéndose; el tigre comparado con un mosquito es casi un cordero.

(Se continuará.)

LOS ABENCERRAGES.

La vuestra esposa, rey justo,
Grande traicion cometió,
Que nosotros la escuchamos
Pláticas torpes de amor.

La luna con luz quebrada
Lentamente penetró
En el bosque de arrayanes
Que niega la entrada al sol.

Allí livianos gozaban
De su criminal pasión,
Sin respetar vuestra sangre,
Que es sangre limpia y de pró.

Un villano caballero....
No era caballero, no;
Que si él fuera de valía
No manchara su blason;

Un cobarde Abencerrage,
Que muy poco aventuró,
Pues poco vale la vida
De un miserable traidor,

La requeria de amores,
Baluente de temor,
Y en sus ojos relucía
La esperanza y la ilusión.

Y la reina (perdonadnos
Si os ofendemos á vos,
Que al fin es señora nuestra,
Y vuestro lecho partió).

La reina, fuerza es decirlo,
Sus ternezas escuchó,
Cual escucha un condenado
Las nuevas de su perdon.

Ardiente y apasionada,
Como su vil seductor,
Se abandonaba al deleite
En los brazos de Almanzor.

Nosotros propios lo vimos,
Y el cielo también lo vió;
Que no deja sin castigo
Al que sus leyes holló.

Nosotros, nobles Zegries,
Celosos de vuestro honor,
Lo haremos bueno en el campo
Uno á uno, dos á dos.

II.

Y al punto sañudo genizaro horrible
Hundiera á la mora con gesto brutal
En honda mazmorra de aspecto terrible
Que exala vapores de olor sepulcral.

Allí recostada la bella infelice
En áspera losa reclinó la sien;
Allí se lamenta la que antes felice
Hollaba las rosas de un mágico Eden.

Y en tanto ofendido del crimen forjado
Por esos Zegries sin honra ni ley,
Contra la tribu del moro acusado
Sentencia de sangre lanzara el buen rey.

Entonces con rostro de calma y mesura
Secreto recaudo de paz les embia,
Velando su saña y su triste amargura
Con muestras de nuevas que darles queria.

Incautos, sencillos, de cándido pecho,
Escuchan ufanos la honrosa merced,
Y dejan veloces el placido lecho,
Que honor les gritaba: «sois nobles, corred.»

Y corren ¡cuidados! pensando que amaga
El hierro enemigo de bravo infanzon;
Y á todos el lauro terrífico halaga
De hollar en la vega cruzado pendon.

Y todos ganosos de prez y de gloria
De un vuelo quisieran llegar luego allá,
Y ansiando valientes sangrienta victoria
Que inflaman sus pechos su hermosa y Alá.

Mas no es la tizona templada en Toledo
La que hora provoca su noble alívez;
Ni es Lara, ni Osorio, Guzman, ni Escobedo,
Ni son adalides de fama y de prez.

Y corren y llegan.... Tened, ¡insensatos!
Mirad que os aguarda la saña de un rey,
De un rey del Oriente que en sus arrebatos
Insulta orgulloso costumbres y ley.

Mirad que os aguarda el hierro cobarde
De vil asesino; mirad que hay traicion,
Y no honrosa muerte trepando el adarbe,
Pues solo os espera verguenza y baldon.

Mirad que en Granada se diz que el linage
Traidor que acaudilla cobarde el Zegri,
Juró vuestra muerte, y en saña y coraje
Se junta con ellos el de Almoradí.

Mirad que os aguarda la corba cuchilla;
Que ya tiene alzado su brazo el sayon;
Y no hay esperanza, del Dairo en la orilla,
Que nunca sus labios pronuncien «perdon.»

Mirad que hoy el cielo rojizo anunciaba
Fatídico agüero de muerte cruel:
Mirad que es gran pena morir, cuando alzaba
Esbelto y airoso su cuello el doncel.

III.

¡Desdichados! no me escuchan;
Y ya el primero llegó,
Y ya rodó su cabeza
En el mármereo pilon.

Y los que el soberbio muro
Escalarán sin temor,
Los que en millares de lides
Sembrarán desolacion;

Los que al blandir de su lanza
En la rota de Alporchon
Cubrieron de rojas cruces
Todo el campo en derredor;

Los que en encuentros parciales
Tantas veces miró el sol
Lidiando, cual los valientes,
Por su dama y por su Dios;

Aquellos cuyas proezas
Daban gloria al trovador
Al cantarlas por las noches
Bajo el dorado balcon;

Los que en la risueña vega
Tibieron la blanca flor
En sangre de sus contrarios
Que hasta el Genil salpicó,

Ora cual viles traidores
A las manos de un sayon
Mueren sin nombre y sin gloria;
Pero mueren con honor.

Porque su conciencia es pura
Como los rayos del sol,
Y no manchó la mentira
Su sencillo corazón.

Uno y otro Abencerrage
Cayeron, como la flor
Que troncha en su mejor día
El soplo del aquilon.

IV.

Desde entonces en la Alhambra
De tiempo en tiempo se oyó
Un ruido sordo y lejano
Que á todos pone pavor.

El palacio del Califa,
Antes celeste mansion,
Se tornó triste y sombrío
Cual la casa del dolor.

Porque sus mármoles y oro
Sangre inocente manchó,
Y nunca borrar se pudo,
Que así Alá lo permitió.

Y donde antes se escuchaban
Dulces endechas de amor,
Y cántigas de alegría,
La soledad se asentó.

De las zambras, las ternezas
Y el laud del trovador,
Tan solo un eco doliente
Ora repite ¡traicion!!!

A. J. MORENO GONZALEZ.

COSTUMBRES.

III POBRE DON MELITON!!!



STAS flores no están bien á mi pelo, tráeme aquellas azucenas que me regaló Narciso.

—Corre pelma.—Pero mujer, si este chiquillo me atosiga, y no puedo dejarle de la mano.—Pues échale en el suelo hasta que se canse de llorar.—Mire V.: las doce de la noche y aun no he concluido de vestirme... —La pomada, el peñador, el acerico:—despacha—limpiame el polvo á esos zapatos mientras concluyo este tirabuzon:—¿has oído?—Ya voy, Mariquita; ya voy: ¡me mandas tantas cosas á la vez...—aquí está el peñador!—

Mentecato; y me traes una rodilla de la cocina.—Mira, no empieces á podrirme la sangre como acostumbras.—¡Necio de mí!... vaya, hijita no te incomodes, y déjame dar un beso á mi Pepin.—Pues; entretente ahora con los niños mientras yo rabio y me consumo en este maldito tocador. Ninguna se vá á presentar en el baile tan descompuesta como tu mujer!... por vida de...—Qué es eso, pichoncita mía? ¿qué te ha sucedido?—Quítate de delante, ó te rompo la cabeza con la media caña—¡Salvage! ¿á quién sino á tí se le ofrece traérmela tan caliente que me he tostado medio rizo?—Pero mujer, si la puse en el rescoldo junto al puchero del guisado...—Es que tú eres un topo desde los pies á la cabeza, y no entiendes, ni oyes, ni ves... ¡hum! quítateme de delante, y vete á cuidar de los chiquillos.

D. Meliton, que este era el nombre del paciente marido, agachó las orejas con la mayor humildad, y se fué á un rincón á mecer la cuna, en tanto que su esposa daba los últimos toques á su *toilet* para marcharse al baile. Este emblema de la resignacion, este prototipo de la paciencia humana, fue muchos años demandadero de un convento de monjas, donde á fuerza de llevar y traer recados, de conducir á las casas de los devotos cortésitas de rosquillas y escapularios, de hacer reverentes cortesías á la madre superiora, y de batir á dos manos el chocolate para el padre confesor de la sierva de Cristo, llegó á juntar unos cuarenta duros, real mas ó menos, con cuyo capital se creyó ya en estado de comprar un mueble de lujo, y buscó una mujer. Casóse, ó le casó el cura que es lo propio, con una valenciana de temperamento muy distinto del que prometía su cuna, que había sido una garrafa de orchata; y así es que en la octava del matrimonio, sobre un quítate allá, pegó en la mesa un sonoro bofetón al marido, y le condenó á comer en la cazuela de los gatos.—¡Pobre D. Meliton!!!—Todo iba bien, sin embargo, porque el prudente demandadero sufría aquellas pequeñas impertinencias por amor de Dios; se desahogaba contando sus cuitas á la hermana *tornera*, y se distraía la mayor parte del tiempo en hacer niños de cera y cortar cintas de raso para los escapularios; pero quiso la mala suerte que pasasen sus felices tiempos; el convento fue demolido, y el demandadero se quedó sin oficio por no haber mas recados que traer ni llevar, ni mas cestas de rosquillas, ni mas devotos que diesen dinero á cuenta de corazones y acericos de lentejuelas. ¡¡¡Pobre D. Meliton!!!—Pero Dios aunque aprieta nunca ahoga (como dice un santo refrán), y así es que en medio de su tribulacion, encontró un amigo, que lo había sido en otra época muy íntimo de su mujer, con la ayuda del cual tomó un cuarto quinto en la cava de S. Miguel, se hizo portero honorario de una oficina, y tuvo tres criaturas como tres soles.

Uno de estos, que estaba aun en mantillas, se iba ya durmiendo en la cunita mecido por el afanoso papá, cuando se sintió en la calle el ruido de un carruaje, tocaron á la puerta seis aldabazos con grande estruendo, y nuestro hombre se levantó despavorido gritando—Despacha, Mariquita, despacha, que está ya ahí el Sr. D. Narciso:—¿donde has colgado la llave?—¡Calla, hijo mio, calla que ya voy!—Pronto; aquí tienes el ridículo y el manton—¡Calla, amor mio, que ahora te meceré;—Despacha—yo me estoy consumiendo por lo que le haces esperar:—vuelve á llamar de nuevo, y entretanto ese pobre chiquitín... mira que sino callas vá á venir el coco. ¡vamos, Mariquita, si estás ya bien... los guantes... deja que te ate esa galga. ¡¡A Dios, no hay remedio; le tendré que llevar en brazos para bajar á abrir la puerta... Pichoncita, no me riñas ¿qué culpa tengo yo de que lllore el angelito?... Vamos, deja que coja la palmatoria.

El pacífico portero dió el brazo derecho á su mujer pa-

ra ayudarla á bajar la escalera; con el izquierdo sujetaba el chiquillo, y en la mano llevaba la luz, la llave, el redículo, el picaporte, los guantes y el abanico. Abrió la puerta, hizo mil cortesías á su amigo y protector que asomó la cabeza por el vidrio del coche para saludar á Doña Mariquita, y despues de encargarles que bailasen y se divtiesen mucho, volvió á subir pausadamente los interminables escalones.

La primera diligencia que practicó al entrar en su aposento, fué mudarse los pantalones que tenía mojados, sin duda porque el niño con el frío del portal... ¡¡¡ pobre Don Meliton!!! ... y en seguida, á fuer de hombre hacendoso y amigo del orden, fué colocando las sillas en su lugar; dió un limpión al tocador, guardó el tarro de la pomada, colgó el vestido de su mujer en la percha; recogió las horquillas y alfileres que habia esparcidos por el suelo, y fué á dar un vistazo á la lumbre y añadir agua al guisado.

Estando en esto, la niña mayorcita que se hallaba en cama con sarapion, empezó á pedir caldo, y despertó á Manolito que dormía en la misma alcoba. El oficioso papá corrió al instante á la cocina en busca de la sustancia de arroz; pero ¡oh sorpresa cruel! el gato retozon habia volcado la jarra, y el agua blanquecina sulcaba el pavimento en pequeños arroyos, inundando la mesa y humedeciendo el pan y otras menudencias encerradas en el cajon. No es facil concebir la consternacion del demandadero al ver la catástrofe que condenaba á ayunar toda la noche á la hija de sus entrañas. — Atortolado y fuera de sí coge la desportillada jarra y vuela de cuarto en cuarto preguntando á todas las vecinas si tienen por casualidad una taza de caldo; pero unas le contestan con mal gesto que *nó* desde la cama, y otras le dan con la puerta en los ocicos, dejándole en la misma necesidad.... ¡¡¡ pobre D. Meliton!!!

Manolito, que es de la piel de todos los chicos mimados y antojadizos, gruñe y patéa porque le han despertado, y en medio de su despecho hace girones la sábana para sacar por ella las piernas: el niño de la cuna se acuerda de su querida teta, y gañe en tiple, sacando á relucir toda la

fuerza de que son capaces sus pulmones: la enferma redobla sus gritos para que la den alimento; y todos tres forman un armonioso terceto que deja muy atras los concertantes de Bellini, y se aproxima mucho á la música marcial con que es recibida en el infierno el alma de un escribano. El desventurado padre se encuentra en la posicion de un hombre acometido al mismo tiempo por tres asesinos, que no sabe como parar los golpes, ni á quien debe acudir primero; pero al fin movido de una heroica resolucion, coje al chico de mantillas en un brazo y le mete en la boca un boton para que mame; arroja sobre la cama de Manuel la caja de soldados y el caballo de pasta para que se entretenga, y con la celeridad del rayo moja una miga de pan en agua, la esprime en una taza, mezcla el líquido con azucar, y vuelve triunfante al lado de la enferma para acallar su apetito.

!! Noche borrascosa; !! noche escrita con tizne de sarten en los anales de un matrimonio; !! El hombre pacifico condenado á luchar alternativamente con tres muchachos llorones; reducido á suplir la falta de pecho con una mazorquilla de azúcar... estrechado á soplar la lumbre para que se calentase el guisado y á ponerse una saya de su mujer por haberse inutilizado enteramente los dos únicos pantalones que tenia... ! Cuántas veces maldijo á la naturaleza que no habia provisto su pecho de un pezon para acallar el angelito que llevaba en sus brazos!! ; Cuántas veces descalzo y en puntillas por no incomodar á los vecinos, corrió los aposentos de la casa llevando en hombros al hijo revoltoso que queria ir á paseo en borriquito...!!!

Por fin, amaneció Dios, y la casta esposa toda pálida y desencajada, regresó á su casa para meterse en la cama y pedir el desayuno. Aquí delv olver á la carga para encender la lumbre, batir el chocolate, correr afamoso á la compra, poner el puchero, guardar el trage de baile, cepillarse las botas y marcharse á la oficina sin haber probado el sueño, con las fuerzas desfallecidas y la cabeza como un toro.... !!! Pobre D. Meliton!!!

C. DIAZ.

